

BIBLIOGRAFIA

LEONEL FRANCA, S. J. — *La Crisis del Mundo Moderno*. — Traducción castellana de Andrés Cafferata, S. J. — 2 tomos. — 12 × 17 cm. — Buenos Aires, 1944.

La Editorial Cultural de Buenos Aires acaba de editar el magnífico libro del Padre Leonel Franca, titulado *La Crisis del Mundo Moderno*, en dos tomos. El Padre Franca es quizás la más ilustre figura intelectual del clero brasilero y prestigio de la Compañía de Jesús. Su *Psicología de la Fé*, traducida también hace poco al español, es un estudio sociológico y psicológico del proceso de la fe, de las grandes conversiones y de las grandes apostasias. Acaba ahora de publicarse *La Crisis del Mundo Moderno*, que es una síntesis magnífica del proceso de desintegración del mundo moderno, de sus grandes errores y de la urgencia de un retorno al Catolicismo en sus distintos aspectos, libro que en lo sustancial coincide con otro estudio igualmente valioso: *La Crisis de la Civilización Contemporánea* de Hilaire Belloc.

El propósito de esta nota bibliográfica no es tanto hacer una crítica general sino un resumen de sus aspectos principales, destacando su pensamiento en las soluciones que plantea.

El propósito de este libro es interesar a los lectores en el examen de aquellas fuerzas espirituales que socavan el dinamismo profundo de nuestra Civilización. En la primera parte investiga la agudeza excepcional de la crisis contemporánea, define la idea de civilización, distinguiendo sus elementos principales y la influencia decisiva que, en su naturaleza y en sus destinos, ejerce una concepción integral del hombre. En la segunda parte se refiere a la génesis y evolución de las ideas que por su gravedad son responsables de la situación presente. La última parte está consagrada al estudio de algunos valores culturales del Cristianismo — filosofía, ciencia, trabajo, civilización.

A las esperanzas del siglo XIX ha sucedido la decepción de nuestros días. El problema económico presentó los primeros síntomas de desequilibrio. Falto en la base, el contacto con la realidad viva del hombre, y en la cima, la articulación con los principios normativos de la moral y de la filosofía. La familia, envenenada por el individualismo, traiciona su misión. Los horizontes nacionales se cargan de nubes sombrías. Crisis de instituciones; inquietud de las almas. Nos encontramos frente a una civilización decadente. La concepción materialista de la vida se transforma en una mística contagiosa y en un dinamismo capaz de inmovilizar inmensas masas humanas.

La civilización representa siempre, un esfuerzo del hombre para dominar la naturaleza y realizarse a sí mismo. Civilizar es humanizar. Como proceso, obliga al hombre a realizar el ideal de su propia naturaleza, con todas sus virtualidades latentes. Los elementos que la integran son naturales: tierra y raza, o culturales, en los que predomina la espontaneidad creadora del espíritu. Para el Padre Franca la diferencia entre civilización y cultura radica en la diferencia entre el todo y la parte. La cultura, en una civilización, representa su elemento específico, descubre el esfuerzo del hombre como expansión de sus potencialidades y energías. La civilización, concepto más amplio, comprende además las influencias múltiples y misteriosas que sobre la vida social de una comunidad ejercen los factores telúricos. Tierra, raza y cultura integran la idea de civilización. Entre los elementos que la forman, es fundamental la visión de la vida, la concepción del hombre y sus destinos. Inseparable de toda civilización es una doctrina metafísica, una sistematización del universo y de las relaciones entre los seres que nutre sus energías íntimas e ilumina toda su vida interior.

En la parte segunda, el Padre Franca estudia las fuerzas negativas de la civilización moderna: Lutero con su frenesí individualista para romper el equilibrio entre el hombre y el mundo externo de la vida social y con su exaltación immanentista que tiende a desarticular la organización del mundo interior; luego Descartes con su separación entre pensamiento y ser y su tendencia a superestimar en la vida psicológica, los valores afectivos con detrimento de los intelectuales; el siglo XVIII — deísmo, filosofismo e iluminismo — que buscan en la religión natural, producto de la pura razón humana, el fundamento común e incontrovertible de la vida religiosa. En el gobierno de la vida individual predomina una ética inspirada en un utilitarismo sin fronteras. Prosigue la crisis con el criticismo kantiano para terminar, con Comte, en la negación de Dios y en la adoración de la humanidad que personifica la última fase de la evolución de nuestra historia. En Nietzsche el héroe es el dominador, la fuerza su ideal. Nietzsche es un individualista apasionado, Marx un frío constructor de sistemas. Pero en ambos casos hay una exaltación delirante del hombre, en uno el hombre individual, en el otro el colectivo y social. Se crea el mito del paraíso terrestre comunista y se ve en el proletariado la exaltación de un entusiasmo mesiánico alimentado por una mística que polariza la totalidad de sus energías emotivas.

En el libro tercero establece las tesis, afirmaciones y conclusiones, o sea la parte positiva, y considera los siguientes capítulos: Dignidad de la Persona; Cristianismo y Filosofía; Cristianismo y Ciencia; Cristianismo y Trabajo; Cristianismo y Civilización.

La progresiva volatilización de la idea de Dios y la divinización deformadora de la idea de hombre concluyeron en una visión falseada de las cosas, responsable, en el dominio profundo de la inteligencia, de la crisis de la civilización contemporánea. Estudia el Padre Franca el origen de la palabra persona, reservada ahora para la excelencia natural del hombre, "es en la naturaleza, lo que hay de más perfecto". Mientras a los animales, la naturaleza les

traza una orientación indeclinable, el modo vital de su existencia, la libertad fundamental de la grandeza del orden moral, confiere a la persona, la suprema consagración de su dignidad. Seremos más perfectos en tanto que con mayor libertad realicemos, en nosotros, el plan divino.

Distingue el Padre Franca entre persona, que es un *substractum* metafísico, y personalidad que es una realización moral, una conquista del esfuerzo.

En el capítulo Cristianismo y Filosofía, señala que en las actividades culturales, en el orden de la naturaleza, ninguna tiene en vista más directamente los destinos de la persona como la Filosofía. El Cristianismo no es fundamentalmente una filosofía sino una salvación. Cristo es el Salvador y la gracia ofrece un principio eficaz de renovación espiritual, es una esperanza y una energía, una promesa y un fermento. Pero el Cristianismo ilumina la vida y al hacerlo, proporciona a la Filosofía, claridades bienhechoras. "Los judíos, escribía San Pablo, nos piden prodigios y milagros, los griegos buscan la sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado". Examina el aporte de los Padres de la Iglesia y de los filósofos católicos. "El tesoro de la revelación cristiana con sus inefables riquezas encierra numerosas verdades que aunque por su naturaleza no traspasan las fronteras de la razón, eran totalmente ignoradas o se habían pervertido, entre tantos errores".

En el capítulo "Cristianismo y Ciencia" expresa que en la actualidad es imposible disociar la idea de un pueblo superior de la de una cultura científica lograda. A diferencia de los que en el siglo XIX establecían una oposición radical entre cristianismo y ciencia — "ceci tuera cela" — y frente a la presuntuosa afirmación de Renán de que la Ciencia carecía ya de misterios y podrá, en lo sucesivo, desplazar a todos los credos y ofrecer al hombre la solución de los enigmas eternos y sería eregida de bien particular en bien soberano — vemos, hay una notoria aproximación contemporánea. Por encima de las normas técnicas que orientan inmediatamente el trabajo de los laboratorios, se cierne, directa o indirectamente, un panorama cósmico sin el cual la ciencia no sería coherente y racional. Tanto por su idea del universo como por su concepción del hombre, el Cristianismo infundió en el dinamismo interno de la ciencia, su energía motriz, generadora de progresos indefinidos. La idea de un Dios que simultáneamente es espíritu, voluntad, actividad y creación inundó, de incomparable claridad, el trabajo de investigación científica. La ciencia es espléndida pero también llena de misterios y además neutra. Puede ser nociva, inhumana. No imprime una dirección moral. Ella manifiesta la verdad y dirige la acción, es al mismo tiempo una *espiritualización de la materia y una liberación del espíritu*, para la conquista y sumisión de aquella. Pero no da una escala de valores. Realiza la perfección material pero no alcanza el significado de la vida. Sólo el sabio cristiano armoniza, en una solidaridad indivisible, la belleza de su obra con las profundas aspiraciones de la humanidad, en una colaboración integral.

En el Capítulo de "Cristianismo y Trabajo" destaca que éste llena la vida del hombre y levanta el edificio de la civilización. Sin la actividad productora, los hombres se degradarían en la esterilidad del ocio; y la cultura, he-

rida de muerte, tendería a desaparecer. El paganismo, salvo raras excepciones, desconoció la dignidad del trabajo. El ciudadano sólo se aplicaba a la actividad desinteresada de la vida intelectual o política. El que trabajaba, por eso sólo, dejaba de ser hombre. El mundo antiguo disoció el hombre-persona del hombre-cosa; hombres-fines y hombres-medios, unos destinados a la expansión de las virtualidades intelectuales y sociales, otros aprisionados en la miseria infrahumana del trabajo manual. En San Pablo tenemos, además del excelso ejemplo de su vida el precepto "si alguien no quiere trabajar no tiene derecho a comer". El Cristianismo consiguió lo que no logró ninguna escuela filosófica: elevar en la conciencia de la humanidad, el concepto del trabajo. El capitalismo liberal se aplicó a la deshumanización del trabajo, el comunismo ateo a su divinización. El gran empresario no ve en el trabajo sino el instrumento de producción, el operario disminuido no lo considera sino como el medio de ganar miserablemente el pan de cada día. El comunismo, al crear el mito del trabajo, acabó por esclavizar el espíritu a la materia y comprometió la felicidad del hombre. Porque a pesar de la fiebre de actividad productora, el trabajador sufre en su alma insatisfecha, mientras el mecanismo del trabajo se agita en convulsiones que revelan un malestar orgánico de gravedad imponderable.

La dignidad del trabajo está en que es la actividad de una persona, ejercida por un hombre, nacida de una inteligencia y de una libertad, interesando a una conciencia, bajo la responsabilidad de un yo profundo en su individualidad incommunicable. El trabajo es la condición normal de la expansión de la naturaleza, alegría a la que se une el sufrimiento de una saludable expiación. Así nos asegura el dominio del mundo visible y nos introduce en el reino de los valores invisibles dándole un valor trascendente, ya que es un medio para nuestro progreso moral y expresión de la voluntad divina.

En el capítulo final — Cristianismo y Civilización — recuerda que la civilización es un bien de orden natural, es la expansión de la naturaleza humana con toda la riqueza de sus multiformes virtualidades. Su misión se cifra en organizar la convivencia humana dentro de un ambiente de justicia y de amistad. Proporcionar al hombre en la tierra las oportunidades de un desarrollo digno de su naturaleza. En cambio, el Cristianismo tiene por fin santificar al mundo por la doctrina, la ley y la gracia de Cristo. Por eso su destino es inmortal y tiene las dimensiones de la humanidad y por eso hay que distinguir, en toda civilización, las exigencias perpetuas del cristianismo de las mutables y temporales estructuras de los cristianos. La religión de Cristo es universal porque no conoce ni fronteras geográficas ni barreras étnicas. En profundidad descende hasta lo más hondo de las energías humanas para impregnarlas de Dios. En altura, bendice y consagra todos los ideales dignos del hombre. Y ella es la gran fuerza preservadora de la civilización, la columna vertebral de su estabilidad porque el factor moral, en los destinos de un pueblo, es de importancia decisiva, ya que es la perfección específica del hombre. La Historia de la Humanidad obedece a una ley de progreso: su fin es llevar a los hombres a su perfección moral.

Crisis de las almas y de las instituciones, una profunda conmoción que atormenta las conciencias y desorganiza la convivencia humana en todos sus grados — familiar, nacional, internacional —. Es ese el espectáculo doloroso de la civilización moderna. Las corrientes intelectuales confluyen hacia la eliminación progresiva de los valores espirituales; para la organización de la vida social sólo dispone de bienes económicos y de técnicas perfeccionadas. La idea de Dios se ha eclipsado de las conciencias. Para una revitalización profunda de la civilización, vulnerada en sus fundamentos, sólo hay un grito y una esperanza: ¡Sálvanos Señor, que perecemos!

José PAREJA P. S.